

FERNANDO LOLAS STEPKE.

Biografía, vocación, disciplina. Diálogos del Instituto de Chile
Anales del Instituto de Chile, Vol. II, Documentos, Santiago, 2020, 181 pp.

Desde algunas ideas de José Ortega y Gasset

Jorge Acevedo Guerra¹

El autor publica una serie de entrevistas que efectuó en el programa “Diálogos” —transmitido por la radio de la Universidad de Chile—, a miembros del Instituto de Chile. Cinco de ellas fueron realizadas en 2012, cuatro en 2014 y una en 2018. Refieren a personas que ya no están entre nosotros. Alejandro Sieveking Campano, académico de número de la Academia Chilena de Bellas Artes, dramaturgo, actor, cineasta. Juan Verdaguer Tarradella, médico oftalmólogo, de la Academia Chilena de Medicina. Ricardo Cruz-Coke Madrid, de la misma Academia, cuya destacada trayectoria no solamente se circunscribió al campo de la medicina, sino también al de la historia política chilena y la historia en general. Luego está al académico de número de la Academia Chilena de la Lengua, Andrés Gallardo Ballacey, quien dedicó su vida, entre otros temas, a la sociolingüística y otros quehaceres literarios. A continuación, el compositor e intérprete Miguel Letelier Valdés, de la Academia Chilena de Bellas Artes. Después, Humberto Giannini Íñiguez, filósofo, y Matías Rafide Batarce, poeta, de la Academia Chilena de la Lengua. Cierran esta obra las entrevistas a Jaime Lavados Montes, neurólogo, quien fue rector de la Universidad de Chile, académico honorario de la Academia Chilena de Medicina; a Enrique Tirapegui Zurbano, físico, de la Academia Chilena de Ciencias; y a Eulogio Suárez Quijada, quien se dedicó a la literatura, miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. Cada entrevista va precedida de una breve nota biográfica.

En el prólogo de la obra, debido a Adriana Valdés Budge y a Abraham Santibáñez Martínez, presidenta y secretario general del Instituto de Chile, se señala que “este libro de entrevistas nos trae de vuelta figuras que conocimos, personas notables que habitaron el espacio físico del Instituto y que provenían de las más diversas disciplinas y actividades. Sus recuerdos y opiniones dan un espesor histórico muchas veces sorprendente, una comprensión de cuánto hemos cambiado como mundo y como país en el curso de poco más que una generación. El alto nivel de entrevistados y entrevistador configura un retrato intelectual de un Chile recién pasado. Es un retrato parcial, pero del mayor interés cultural” (pp. 10 s.).

La naturaleza de este programa —indica Lolas— es muy informal y se trata de una especie de archivo de la palabra, en el cual los académicos y las personas asociadas a las academias hablan de su vida, de sus carreras, de sus intereses, de sus momentos formativos, de sus maestros, y también queremos que la gente escuche por qué una persona se dedica a cierta disciplina, a cierta área de trabajo, y cómo ha llegado a donde está. Empecemos por la infancia, colegio, vocación... (p. 132).

Dada la formación humanística del autor, es posible suponer que, tras su tarea, en la que practica “el arte de la entrevista” (p. 9), hay una gran cantidad de conceptos filosóficos puestos en juego de manera implícita. Nos dice: “Cuando se escoge un trabajo se escoge también un modo de vida. Cuando este modo de vida se armoniza con las tareas cotidianas y produce satisfacciones, la identidad personal se enriquece y el transcurrir se convierte en dicha. Muchos de nuestros hablantes irradian esa luminosidad que brinda la concreción de las ideas en obras y de las obras en patrimonio común. Todos son creadores. También son *amateurs*, amadores en el buen sentido de la palabra. Que hubo desencantos

¹ Universidad de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2634-4368>

Correspondencia: joaceved@u.uchile.cl

y frustraciones, que no siempre la gente acogió sus aportes, que sufrieron a veces incompreensión, qué duda cabe. La vida, decía Ortega y Gasset, consiste de problemas” (pp. 14 s.).

Parece evidente que, entre otros, tuvo muy en cuenta a este filósofo. Consideremos algunas de sus ideas: “Vivir es ser fuera de sí —realizarse. El programa vital, que cada cual es irremediamente, oprime la circunstancia para alojarse en ella. Esta unidad de dinamismo dramático entre ambos elementos —yo y mundo— es la vida. [...]. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto. [...]. Nada merece tan propiamente ser llamado yo como ese personaje programático, porque de su peculiaridad depende el valor con que en nuestra vida queden calificadas todas *nuestras* cosas, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro carácter, nuestra circunstancia. Son nuestras por su relación favorable o desfavorable con aquel personaje que necesita realizarse. Por esta razón no puede decirse que dos hombres diferentes se encuentren en una misma situación. La disposición de las cosas en torno de ambos, que abstractamente parecería idéntica, responde de modo distinto al diferente destino íntimo que es cada uno de ellos. Yo soy una cierta individualísima presión sobre el mundo: el mundo es la resistencia no menos determinada e individual a aquella presión. [...]. Si por vocación no se entendiese solo, como es sólito, una forma genérica de la ocupación profesional y del *curriculum* civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica” (*Pidiendo un Goethe desde dentro. Obras Completas*, Vol. V, Ed. Taurus, Madrid, 2006, pp. 125 s.).

Pienso que esas ideas de Ortega están en perfecta consonancia con lo que afirma Fernando Lolas respecto de *ser* —vivir— y *tener que ser* —ser fiel a nuestra vocación—. Dice: “Juzgo oportuno decir que aquí, al leer, se encontrará la suma de la vida: *ser, deber ser y tener que ser*” (p. 15).

Agradecemos, pues, a su amplia apertura y generosidad el poder conocer desde cerca, y a través de ellos mismos, a diez chilenos, figuras intelectuales de primer orden. Y lo que acabo de decir tiene un reverso que conviene destacar en palabras del autor: “Conversar, dialogar, tener interlocutores es un bien de contornos casi divinos. En la palabra compartida se hace hogar el mundo” (p. 15).